

libertad del pueblo. También cuenta de los rugios y lemovios, que para él no son godos, que todos con excepción de los que llama ligios y que se gobernaban democráticamente, se distinguían por sus escudos redondos, espadas cortas y la «especial veneración en que tenían a sus reyes;» observación confirmada por la historia posterior de los godos. En otra parte de su obra dice el mismo autor, que con motivo de sus guerras habían llegado los romanos a conocer algunos pueblos con reyes (quiere decir pueblos regidos democráticamente con reyes a su cabeza), mientras en los pueblos del interior eran los reyes una excepción.

Por otra parte sabemos sobre los godos de aquella época que Catvalda, noble marcomano, huyó a ellos para salvarse de Marobodo, a cuyo país volvió después con fuerza armada, cuando vio que su poder había menguado a consecuencia de su lucha con los cheruscos y sus aliados a las órdenes de Arminio. Atrajo pues a los nobles a su partido y atacando de repente la población donde residía el rey, apoderóse de su castillo y obligó a refugiarse entre los romanos. De esta historia resulta respecto de los godos que estos no estaban sometidos a Marobodo, pues que de otro modo nadie habría podido huyendo de éste refugiarse entre ellos, y que hallándose el imperio de aquel rey situado en Bohemia, muy cerca debían hallarse establecidas a lo menos ciertas tribus godas, sin que por esto hubiesen tenido que ser limítrofes. Para que la empresa de Catvalda se hiciera con la rapidez que era la condición de su éxito, no podía partir de lejos la expedición. Siguiendo la descripción de Tácito se hallaba la capital Marobuda al pie de los Sudetes, que cierran la Bohemia por el lado Noroeste y Norte; en dirección Nordeste estaban separados los godos de aquel país por muchos pueblos ligios, quizás en parte sometidos a Marobodo; hacia el Noroeste confinaba la Bohemia con los sennones y longobardos, enemigos de Marobodo; por manera que el golpe no podía venir sino del Noroeste, del lado del Elba, y en este caso hubieron de ser vándalos los godos entre los cuales se acogió Catvalda.

Este suceso ocurrió en el año 19 de nuestra era; después ya nadie menciona a los godos hasta dos siglos más tarde cuando aparecieron en la costa septentrional del mar Negro y en las desembocaduras del Danubio.

El retroceso de los godos de la embocadura del Vístula al mar Negro es un hecho indudable y se explica si se quiere sin dificultad del modo que sigue. Ya hemos visto cuántos y cuán numerosos pueblos, formando un total de muchos millones de almas, se comprendían bajo el nombre de godos; y como en ninguna parte se dice cuáles de estos pueblos venían a ser los godos que Plinio y Tácito colocan junto al mar Báltico, podemos suponer que eran aquellos que más conexión tenían con el Norte; es decir, los ostrogodos, héru-

los, rugios y vándalos. Con estos debían o podían eslabonarse otros de la misma procedencia aunque con algunas brechas donde habían penetrado tribus que no eran godas ni siquiera germánicas, hasta llegar cerca del mar Negro; de modo que ocupaban los pueblos godos con algunas interrupciones posibles una línea recta desde el Vístula en el Norte hasta el citado mar. En la línea divisoria de los afluentes del Báltico y de los del mar Negro, de las cuencas del Vístula y del Dniester en el territorio de los gépidos godos, se juntaban como en un puente los godos del Norte con los del Mediodía. También es posible que al penetrar en Europa los pueblos godos viniesen siguiendo las grandes corrientes, el Bug, el Dniester y el Pruth que desembocan en el mar Negro, en cuyas costas septentrionales se quedasen los que cupiesen mientras que las otras hordas seguirían por la cuenca del Vístula hacia el Norte; y que más tarde se replegasen sobre sus hermanos del Mediodía, cuando según se refiere de algunos de ellos, las inundaciones, plagas de insectos venenosos, epidemias, malas cosechas, el hambre y sobre todo el exceso de la creciente población les obligara a ello. Esta última razón debió de ser la más poderosa. El territorio se hacía estrecho; el frío y el mar en el Norte, el imperio romano en el Mediodía y Occidente, las cordilleras, selvas y pantanos, que reducían el terreno de pasto, las hordas que empujaban por la espalda, y las tribus que había delante; todas estas circunstancias reunidas obligaban a aprovechar mejor el terreno disponible cultivándolo, y a acostumbrarse a vivir en sociedad o grupos; y la consecuencia fue el aumento de la población, pues que con el nuevo régimen aumentaba y se regularizaba la producción de víveres; se inventaron y observaron necesariamente reglamentos, usos o leyes para asegurar y proteger la propiedad, el individuo, el hogar y la familia, y así se fue haciendo más fácil la existencia.

Este tránsito de la vida salvaje nómada a la sedentaria no podía tener efecto en todas las tribus absolutamente a un mismo tiempo, pero algo antes de Tácito habíase realizado en la mayor parte de los pueblos germánicos; de modo que por los años 150 bien podía ya hacerse sentir la ley del aumento de la población habiendo aumentado de víveres y de seguridad; y esta es también cabalmente la época en que un gran número de pueblos germánicos empezaron a moverse a causa, según dicen la tradición y la razón, de no caber en sus territorios.

En la misma época, por idénticas razones, y en los pueblos que confinando con vecinos más poderosos que ellos, como por ejemplo, el imperio romano, no podían pasar ni adelante ni atrás, ocurrieron otros cambios interiores destinados a mejorar y facilitar la vida sedentaria; es decir, que estos pueblos hubieron de organizarse socialmente sobre bases más perfectas; en una palabra, constituirse y civilizarse.

## LIBRO PRIMERO

### LOS VANDALOS

#### CAPITULO PRIMERO

##### HISTORIA PRIMITIVA HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LOS VÁNDALOS EN ÁFRICA

Por los años 100 de nuestra era, hallábanse todavía los vándalos establecidos entre el Elba y el Vístula hacia el

Norte, puesto que los menciona Tácito allí, en aquella época, y Plinio unos 23 años antes. Debían de ser bastante poderosos para ejercer una notable presión sobre todos sus vecinos, que les tenían mucho respeto en atención a lo escarmentados que estaban, si hemos de creer a Paulo Diácono. Este escritor, con motivo de la traslación del pueblo

longobardo hacia el Mediodía, refiere que al querer atravesar los longobardos el distrito de Escoringa, cuya situación no ha podido fijarse aun, les exigieron los vándalos un tributo, amenazándoles con la guerra si no pagaban, y como los longobardos no se aviniesen a tan injusta exigencia, les dieron una gran batalla, en la cual los vándalos fueron totalmente derrotados, gracias al auxilio de los dioses Vuotan y Frigga que querían castigar su soberbia. En esta tradición, figuran como jefes de los vándalos Ambri y Asi, que son otro ejemplo de la afición de los germanos a la aliteración o parano-masia, como más tarde Rauso y Rapto, Gunterico y Genserico; entre los godos Teodorico y Teodomiro, Teodorico y Teodahaldo, y entre los francos, Clodio y Clodoveo. Históricamente no se mencionan ya los vándalos hasta su aparición en la pendiente septentrional de los montes Asciburgos, a donde habían llegado remontando probablemente el curso del Oder. Sufrieron allí otra derrota, por cuya razón se llamaba esta cordillera que separa la Silesia prusiana de la Bohemia, en tiempo de Dion Casio (que vivió desde el año 155 hasta el 230), la sierra de los vándalos. Desde allí extendieron o se pasaron en totalidad hasta las orillas del Danubio. En ambos puntos tuvieron por vecinos meridionales, y después por el lado de Occidente, a los marcomanos hermiónicos, a quienes pocos años antes de J. C. había llevado Marobodo desde su antiguo territorio a orillas del Mein, en su curso medio y superior, a Bohemia. Cuando el emperador Marco Aurelio se decidió a libertar la Panonia de las invasiones de los marcomanos, se unieron a estos sus vecinos los vándalos durante los tres años que duró la guerra, es decir, desde 171 hasta 173, quedando aquellos completamente vencidos, aunque no exterminados, como escribe el biógrafo del emperador.

Desde el principio hasta el año 418, se comprendieron bajo el nombre colectivo de vándalos, entre otros muchos pueblos, principalmente dos, los silingos y los asdingos con sus reyes especiales, cuyas familias llevaban el mismo nombre que su pueblo respectivo, confirmando con esto lo que dijimos sobre el origen y esencia de la dignidad real entre los germanos. La palabra *adal*, hoy en alemán *adel*, nobleza, significaba en aquel tiempo simplemente raza, y lo mismo puede decirse del radical *azd* del nombre de la familia régia y pueblo de los asdingos, puesto que significa especie, linaje, prosapia, es decir, raza también.

Vencidos los marcomanos, lograron los romanos atraer a su partido a los asdingos; y habiendo estos en tiempo de sus reyes Rauso (Raos) y Rapto obtenido notables ventajas sobre los costobocos, pueblo no germánico, y sobre los lacringos que quizás lo eran, les cedieron los romanos en recompensa los terrenos en Dacia donde deseaban establecerse, y que con este objeto tenían amenazados desde tiempo antes. En la cesión iba comprendida la obligación de auxiliar a los romanos contra los marcomanos; por cuya razón se cree que aludían a estos vándalos los romanos cuando en sus estipulaciones de paz con los marcomanos en el año 181 obligaron a estos, como habían obligado a los otros pueblos aliados los yazigios, sármatas, y buros, que quizás eran germanos, a no hacer guerra a los vándalos, conforme era de temer hubiesen hecho para vengarse de ellos con motivo de su alianza con los romanos. Siendo esto así, debían de ser otros vándalos los que Caracalla se alabó de haber logrado enemistar con los marcomanos, sus aliados y amigos hasta entonces.

Desde entonces no se oye hablar más durante dos generaciones de los vándalos, a quienes dejamos establecidos en Dacia, colindantes al Sur con el Danubio, al Oeste con los marcomanos, al Norte quizás con los hermunduros, y al Este

con los godos, y en el mismo territorio que en el siglo VI ocupaban los gépidos. En el año 271 humilló Aureliano bandas de vándalos merodeadores; pero consintió que se retiraran libremente, permitiéndoles el libre tráfico en el Danubio a condición de auxiliar a los romanos con un contingente de 2,000 jinetes. Con esta ocasión llegamos a saber que los vándalos eran célebres por su caballería; que tenían dividida su infantería en batallones de a 1,000 hombres; que tenían dos reyes que firmaron la paz dando en rehenes a sus hijos y allegados, acaso personas de la nobleza popular de las dos ramas asdingas y silingas, y que los dos pueblos tenían jefes de guerra o capitanes mandados por su rey respectivo; tanto que uno de estos últimos mandó matar a un jefe de un flechazo por haber faltado al convenio de paz devastando en la retirada un territorio romano; muerte ordenada probablemente en virtud de atribuciones extraordinarias que debían tener aquellos reyes en tiempo de guerra. En la entrada triunfal de Aureliano en Roma en el año 274 figuraron también vándalos.

Los sucesores de Aureliano se las hubieron a su vez con vándalos en la Galia, muy lejos del Rin; pero estas hordas no eran todo el pueblo, que continuaba en su territorio junto al Danubio, sino más bien bandas de aventureros, partidas armadas, conducidas a veces muy lejos por sus jefes reñidos con la paz. Así derrotó Probo (276-282) en las provincias del Rin hordas de borgoñones y vándalos reunidas, después de haberles inducido por medio de alguna estratagema a atacarle; y cuando luego, desconociendo lo estipulado en la paz que concluyeron, volvieron a las suyas, les escarmentó en repetidos encuentros, tanto que pudo enviar muchos prisioneros a Inglaterra, donde algunos creen que fundaron el pueblo de Vandsbury cerca de Cambridge. De 285 a 309 hubo también de luchar Maximiano con vándalos cerca del Rin; sin que todo esto autorice a creer que en aquellas tierras se hallara establecida una parte considerable del pueblo vándalo.

No mucho tiempo después tuvieron que luchar también los vándalos en su propio país para defenderse contra sus vecinos de Oriente, los godos, que bajo el mando de su rey Geberico (331-337) se esforzaron por dilatar su dominio extendiéndolo sobre sus vecinos. Llegóse entre ambos pueblos a una batalla a orillas del río Maroch, que duró largo tiempo sin que ninguno de los dos ejércitos obtuviera una ventaja decisiva; pero al fin cayó muerto Visumero, el rey vándalo asdingo, y gran parte de los suyos le siguieron a la muerte.

Con esto quedó tan debilitado el resto de los vándalos, que renunció a defender su territorio en la orilla izquierda del Danubio contra el irresistible empuje de los godos, solicitó la protección del emperador Constantino, y consintiendo éste en recibirle en sus dominios, le señaló para establecerse suficiente territorio en la Panonia a la orilla derecha del río, mas al Noroeste, por supuesto con la condición de someterse al imperio y aprontarle sus correspondientes contingentes de tropas principalmente de caballería. Así la *Notitia Dignitatum*, escrita hacia el fin del mismo siglo, habla del octavo escuadrón de vándalos que formaba parte de la división a las órdenes del gobernador o conde (comes) de Egipto.

Pasaron otra vez como dos generaciones antes que este pueblo se rehiciera; pero en los años 375 hasta 383 nuevas hordas germánicas, entre las cuales figuraron otra vez vándalos, probablemente como antes bandos sueltos de aventureros, embistieron la Galia, hasta que Graciano los escarmentó.

A principios del siglo V la mayoría del pueblo *asdingo* y *silingo*, impulsado por el hambre, resolvió abandonar su país,

de ellos, por supuesto, para Genserico con una parte del pueblo vándalo. Se da por motivo de este paso trascendental una intriga de su gran rival Aecio, que le había presentado a la emperatriz Placidia, madre del tercer Valentiniano, como traidor a la patria, proponiendo para probarlo, mandarle que se presentara en la corte de Ravena. Así lo mandó en efecto la emperatriz; pero como Aecio hiciera avisar secretamente a Bonifacio que si iba no volvería, pues se había resuelto quitarle la vida, Bonifacio se guardó muy bien de ir y no hizo caso de la orden. Entonces, por su desobediencia fué declarado traidor y destituido en 427, habiendo la corte dispuesto su inmediato castigo aunque hubiera que reducirle a viva fuerza. Bonifacio pudo desembarazarse de un ejército enviado contra él por la desunión de sus tres jefes principales; pero cuando el emperador envió nuevas tropas compuestas en su mayoría de mercenarios godos bajo las órdenes de un gobernador godo, Segisvulto, mientras por otro lado los moros limítrofes entraban en el país saqueando y destruyendo lo que encontraban a su paso, Bonifacio, en el colmo de sus apuros, llamó a los vándalos para salvar a la vez su vida y el país.

Así lo cuenta Procopio, cuya relación, no desprovista de algunas inverosimilitudes, ha dado lugar a muchas dudas; pero otro documento de la época confirma que la persecución de Bonifacio fué motivada por su resistencia a presentarse en Italia.

Los dos hermanos vándalos recibieron la proposición de Bonifacio en el año 427, y la aceptaron según parece en seguida, aunque solo uno, Genserico, realizó la traslación de su pueblo al Africa, porque el rey Gunderico, «poseído del demonio por un castigo de Dios, desde que saqueó las iglesias católicas de Sevilla cuando conquistó esta ciudad,» cayó a fines del año 427 en una batalla contra los francos, que quizás habían penetrado en España como aliados de los suevos, con cuyo motivo eligieron los vándalos por rey a Genserico, a pesar de ser hijo de una esclava, y prescindiendo de los hijos del rey difunto por ser menores de edad, ya que el derecho a la corona era inherente a toda la sangre real, sin que lo disminuyera en nada el estado inferior de la madre, ni el nacimiento ilegal, mucho menos cuando, como en este caso, el elegido había ya ocupado en la nación, en el consejo y en el ejército puestos tan eminentes como los que había desempeñado con Gunderico.

Mientras se hacían los preparativos de la traslación, convenida seguramente con el asentimiento de todo el pueblo, sin el cual no habrían aceptado la proposición los dos hermanos, penetraron los suevos en el territorio de los vándalos que estaban a punto ya de embarcarse. Al recibir la noticia de la invasión paróse Genserico, volvió atrás y derrotó cerca de Mérida a los antiguos enemigos de su pueblo, cuyo rey se ahogó en su huida en las aguas del Guadiana (Ana). Algo debió influir en esta persecución sangrienta la venganza por la muerte de su hermano Gunderico, víctima de los francos llamados por los suevos. Hecho esto, embarcó Genserico no solo el ejército sino todo el pueblo de vándalos y alanos, aumentado por varias hordas de godos, agregados voluntariamente a la expedición, hasta formar un número total de 50,000 a 80,000 almas, puesto que las noticias varían. Toda esta población, en los buques propios y los enviados por Bonifacio, pasó al continente africano en mayo de 429.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### RELACIONES EXTERIORES DEL IMPERIO VÁNDALO EN ÁFRICA

El rey Genserico, cuyo nombre significa ganso bravo, según la costumbre de los antiguos de comparar a los héroes

con animales valientes y arrojados, es una de las figuras más imponentes de la época de la irrupción de los pueblos bárbaros tan rica en héroes. Se ha hecho un paralelo entre él y el sabio rey de los godos Teodorico el Grande; pero el vándalo era al godo como la noche sangrienta al día benéfico. A su nombre se une la sospecha de fratricidio. Era de corta estatura y cojeaba desde una caída de caballo; hombre poco comunicativo, duro para soportar toda clase de fatigas, iracundo, codicioso y muy diestro en sembrar entre los hombres la discordia, rasgo que recuerda al dios supremo de los germanos Odin ó Vuotan, y más pronto a obrar que otros a decidirse. Con arteria y traición, faltando a su palabra, se apoderó de Cartago, la capital de su reino ocupada por los romanos; arrasó las murallas de otras ciudades para evitar futuros movimientos de resistencia; y despojó a los habitantes de sus tierras hasta que él y sus vándalos quedaron afincados a su gusto sin entrar en una división ordenada. Los propietarios del país que no huyeron a tiempo fueron asesinados, ó expulsados y perseguidos cruelmente por su fe católica, porque el nuevo amo era arriano; ahogó entre raudales de sangre los motines y sediciones de los suyos; y saqueó todas las costas, pueblos é islas del Mediterráneo a donde pudo llegar. A bordo de sus temibles embarcaciones, no designaba rumbo alguno al piloto que esperaba sus órdenes, porque decía que «el viento y las olas ya les llevarían hacia aquellos a quienes Dios había dejado de su mano,» según cuenta la tradición. Esta misma expresión ponen las leyendas en boca de su terrible competidor en Europa, el «azote de Dios,» Atila el huno. Como Atila, fué Genserico azote de la humanidad, terror de los pueblos, y cual tempestad desencadenada en lugar de conservar y de crear no hizo más que destruir, lo mismo a sus vecinos que a su propio pueblo, y a todos los pueblos a donde llegó su acción y alcanzó su influencia.

Teodorico fué un rey de paz, un sabio; Genserico un rey destructor, espantoso, el rey del terror.

Veamos ahora lo que era la provincia romana de Africa cuando este hombre terrible puso el pié en ella. Un coetáneo de Genserico la llama con retórica exagerada «el alma del imperio.» Aunque no tanto, era no obstante, de la mayor importancia para toda la Italia, y muy especialmente para las dos grandes capitales Roma y Ravena, a las cuales abastecía de víveres, casi exclusivamente, sobre todo, desde que el otro granero del imperio, el Egipto, se hallaba dedicado a abastecer principalmente a Constantinopla, elevada a la categoría de segunda capital. A esto se agregaba que hasta aquella época había disfrutado de paz, orden y seguridad, cosa rara entonces en el resto del mundo; de modo, que la civilización romana que había echado allí profundas raíces, pudo producir en Africa todavía frutos abundantes, cuando ya no los producía en otras provincias. Esta, aun en medio y después del desmoronamiento del poder de Roma, había quedado, gracias a su posición geográfica, tan bien preservada de los ataques de los germanos, que solo la ganaba bajo este concepto la Bretaña, que no fué invadida hasta veinte años después. En el siglo III, habían visitado pasajeramente las costas africanas piratas francos, pero desde entonces era tan grande la fama de la seguridad que gozaban sus habitantes, que muchas familias opulentas se habían establecido en ella huyendo de Italia y de España, países continuamente amenazados por nuevas invasiones. Las tentativas de los visigodos en tiempo de Alarico y Walia para apoderarse de este feraz granero, ya en 409 desde Italia, ya en 416 desde España, no habían tenido éxito. Los cartagineses habían elevado a un altísimo grado de perfección el cultivo y aprovechamiento de estas comarcas, cuya feracidad era tan grande,

que el trigo daba en Bizacena ciento cincuenta granos por uno. Los romanos velaban aun con mayor solicitud sobre este país que parecía un jardín sembrado de pueblos y de quintas elegantes. Los artículos principales de exportación, además de los cereales, eran el aceite y leña, que consumían en grandísimas cantidades los baños y termas públicas de Italia.

En la reorganización de la administración del imperio efectuada por Diocleciano y Constantino, había quedado dividida el Africa romana en seis provincias. La antigua Mauritania tingitana (Marruecos), en el extremo occidental, separada de la verdadera Mauritania por el desierto, formaba una sola provincia con España ó sea con la Bética situada en frente; pero según la división eclesiástica, formaba parte de la Mauritania Cesárea situada hacia el Este, con su capital Cesárea en la costa. Seguía en dirección Sudeste la provincia de Mauritania Sitifense con la capital Sitifis en el interior. Estas dos últimas provincias habían formado antes la Mauritania antigua. Venía luego al Este la provincia de Numidia. La que la seguía en la misma dirección, la antigua provincia proconsular, se hallaba dividida en tres, la Zeugitana con Cartago, la de Bizacena al Sudeste, y al otro lado de la pequeña Sirte, la provincia Tripolitana.

Al Mediodía de la faja bastante angosta que en la costa constituía el territorio de Roma y había aceptado su civilización, vivían independientes muchos pueblos nómadas compuestos de tribus moras, que eran como buenos jinetes una continua amenaza para las ricas comarcas cultivadas de las provincias romanas, por sus constantes irrupciones de rapiña.

A la cabeza de la administración de estas seis provincias, estaba el procónsul de Africa, cuyo inmediato superior era el prefecto de Italia. Tenía bajo sus órdenes dos lugartenientes (vicarios) que residían en Cartago, y de ellos dependían los gobernadores y presidentes de las otras cinco provincias.

El ejército de Africa estaba mandado por el *comes* ó delegado militar, que también tenía su residencia en Cartago; seguíanle por orden jerárquico los *duces* ó jefes de ejército de Mauritania y Trípoli, y además había comandantes especiales en todos los castillos que guardaban la frontera meridional siguiendo la cordillera, y principalmente en los montes Turasios, donde protegían las colonias fronterizas militares contra los moros. Primero hacía allí el servicio militar la tercera legión de Augusto sola; pero desde el siglo IV había sido reforzada por numerosos «bárbaros confederados,» y por esta razón hallábanse en muchos puntos, como por ejemplo en Hipona, guarniciones godas.

No bien habían desembarcado los vándalos en suelo africano, cuando Bonifacio se reconcilió con la emperatriz, descubriendo la intriga de Aecio y poniendo de manifiesto su inocencia; pero era tarde. Vanos fueron todos sus esfuerzos para hacer volver atrás de buenas a buenas, al terrible enemigo que había atraído sobre el país. Africa era un territorio más rico que España, y solo tenía allí Genserico por enemigos a romanos, mientras que en España tenía que luchar además con godos y suevos, así es que dirigió luego sus armas contra todos los romanos sin distinción, auxiliado por la desgraciada táctica de desconfianza que había hecho prohibir a la mayor parte de las ciudades africanas la construcción de murallas y otras obras de defensa, con motivo de tres sediciones muy graves de que desde el año 375 había sido centro y foco este país. De este modo los vándalos pudieron extenderse por todas las tres provincias Mauritanas y asolarlas según su costumbre, sin encontrar resistencia. Digno es de notarse, aun dando como exagerada una buena parte de las descripciones

declinatorias que nos han sido conservadas, escritas por las víctimas de los salvajes herejes arrianos, que estos desde el principio hicieron sentir con crueldad especial los horrores de la guerra a todo lo que pertenecía a la Iglesia católica: edificios, obispos, sacerdotes, frailes y monjas.

En el límite de la Mauritania, probablemente para cubrir la Numidia, hizo frente a los bárbaros Bonifacio a la cabeza del ejército romano; pero su derrota fué tal, que hubo de abandonar al enemigo toda la comarca, retirándose hasta la ciudad fortificada de Hipo-Regio (Hipona), situada en el extremo septentrional. Esto debió suceder a fines de mayo del año 430. Ocupaba allí a la sazón la sede episcopal el anciano y veneradísimo padre de la Iglesia San Agustín. Había encargado al clero de las iglesias mauritanas que no abandonarían a sus amenazados feligreses: a la sazón le tocaba cumplir su propia exhortación y la cumplió permaneciendo en la ciudad a la cual iban a dirigir los vándalos sus ataques. En junio empezó el sitio y a los tres meses, en 28 de agosto de 430, murió el Santo. A los catorce meses de sitio por mar y tierra, lo que prueba que Genserico disponía de una escuadra, quizás la misma que le había llevado con su pueblo de España al Africa, obligóle el hambre a retirarse en el mes de julio de 431. Por esta vez se había salvado Hipona, defendida por Bonifacio en persona. Entre tanto habíanse derramado millares de bárbaros con tal rapidez sobre todas las provincias africanas del imperio, que a la muerte de San Agustín, entre los muchos distritos episcopales de Africa solo se conservaban libres de enemigos, además de Hipona, los obispados de Cirte en la Numidia y Cartago. Corroboran este hecho sorprendente otros documentos, según los cuales cayeron en manos de los bárbaros ya durante el sitio de Hipona, ciudades de la provincia proconsular como Uricita, y como Vita en la de Bizacena, porque los veloces jinetes volaron por las comarcas llanas de la costa sin encontrar resistencia, y sus buques cerraban los puertos de los pueblos sitiados ya por tierra, hasta que los habitantes aterrizados se entregaban. No eran los invasores bastante numerosos para guarnecer todos los puntos, y por las disposiciones de Valentiniano fechadas en febrero de 430 sabemos que los vándalos aun no habían llegado entonces a las últimas dos provincias citadas.

Habiendo recibido Bonifacio refuerzos de Roma y también otros del imperio oriental bajo el mando de Aspar, el general más perito de Bizancio, se dispuso a librar otra batalla campal a los bárbaros; pero su derrota fué tan completa, que muchos romanos distinguidos, entre ellos se dice que el futuro emperador Marciano, cayeron en manos de los vencedores, y Aspar se volvió a Bizancio. Bonifacio fué llamado a Roma y murió en una acción contra su antiguo enemigo Aecio en el año 432.

Hipona, abandonada por sus habitantes, fué quemada por los vándalos. En 434 llegó otra vez Aspar, nombrado cónsul para aquel año, al Africa, estableciéndose en Cartago, pero ya al año siguiente firmó en Hipona, que todavía estaba en su mayor parte en ruinas, la paz con los vándalos, abandonándoles las conquistas hechas y conservadas hasta entonces; es decir, toda la Tingitana, parte de ambas Mauritanias, toda la Numidia oriental, parte de la provincia proconsular sin Cartago, y de la de Bizacena sin Trípoli, en cambio de un tributo anual, consistente probablemente en trigo, que habían de entregar en Roma. Sin embargo, los vándalos no quisieron obligarse como los demás germanos a contribuir con contingentes armados; por manera que atendida la riqueza de los territorios adquiridos, podía estar muy satisfecho Genserico de su obra, sobre todo si consideraba la situación expuesta de su imperio, creado en medio del mundo

la Panonia (Hungria) para dirigirse al Rin en busca de un nuevo país que pudiera mantenerlos. Fueron con ellos los alanos, pueblo de diferente origen, pues que los pocos restos de su idioma que se han conservado en algunos nombres propios no tienen afinidad alguna con ningún idioma germánico, y también uno de los pueblos suevos, quizás un grupo de los marcomanos que eran también allí vecinos suyos por el Noroeste. Una tradición vándala refiere que los pocos que quedaron en Panonia vivieron con más abundancia y cultivaron el país, guardando a las familias emigradas sus propiedades para cuando volviesen.

Esto confirma lo que dijimos sobre la causa de las emigraciones de aquellos pueblos nómadas, que poco ó nada producían, y esta causa es suficiente para explicar todas las traslaciones é invasiones de la raza germánica, sin acudir á otros expedientes citados por autores como Gibbon en su «Historia de la decadencia y caída del imperio romano» (1776) y Maskou en su «Historia de los Alemanes» (1726). Uno y otro atribuyeron la salida de los vándalos de la Hungria á la invasión de Radagaso en Italia, lo cual no es probable, ni tampoco la opinión de Orosio, que supone que Estilicon, descendiente de una familia real vándala, llamó arteramente á sus compatriotas á la Galia. En tiempo de Procopio habíase ya confundido con los pueblos vecinos las familias vándalas que habían preferido quedarse en el país.

Ya en Panonia, y luego durante su marcha hacia el Rin, aparece como jefe de todos los vándalos un rey Godigiselo, sin perjuicio de otros reyes especiales que figuran hasta mucho despues entre los asdingos, silingos, alanos y suevos.

El camino más recto desde Hungria al Rin era seguir la dirección del Danubio dejando la Bohemia á la derecha. Entonces debieron de juntarse á los emigrantes los suevos, ó mejor dicho, los marcomanos que se fueron con ellos y los alanos. Luego es natural que pasasen por el territorio de los hermundurios. Por las muchas expediciones anteriores de sus bandas de aventureros debían conocer perfectamente los varios caminos que conducían á las Galias, país que es fácil eligiesen con preferencia á la Italia, por tener noticia de la concentración de las legiones en Italia para oponerlas á Radagaso. Sin embargo, á pesar de la retirada de las tropas romanas, estaban guardadas ambas orillas por los francos que se opusieron á los invasores. Parece que los alanos, conducidos por su rey Respendial, habían ya llegado al Rin, (mientras otro rey llamado Goar, de la misma raza, aunque no se sabe si de las mismas hordas invasoras, se había pasado á los romanos), cuando les alcanzó la noticia de un grave aprieto en que tenían puestos los francos de la orilla derecha á los vándalos que aun se hallaban lejos del río. Al momento volvió el rey Respendial con sus alanos atrás para socorrer á sus compañeros de emigración. A su llegada al sitio de la desgracia, ya había caído el rey Godigiselo con 20,000 de los suyos; los alanos salvaron el resto de la destrucción completa, y el primer día del año 406 pudieron pasar todos juntos el Rin, probablemente sobre el hielo. Respecto de los sitios donde se dió la batalla contra los francos y se efectuó el paso del río, no existe dato alguno.

Una vez en las llanuras de la Galia devastaron las hordas invasoras por espacio de cerca de tres años el país desprovisto de tropas romanas y no defendido aun por los mismos germanos, como sucedió despues, ya que los visigodos no llegaron allí hasta el año 443. Extendióse la corriente de los salvajes suevos, vándalos y alanos hasta los mismos Pirineos sin encontrar obstáculo, pero una vez allí fueron rechazados por los pastores vascos que defendieron sus desfiladeros con completo éxito, obligando á los enemigos á retroceder y á inundar de nuevo la Galia, especialmente la parte meri-

dional hasta el Loira, donde 50 años despues se encontraron cerca de Orleans los restos de los alanos que allí se habían quedado.

En el otoño del año 409, entre el 28 de setiembre y el 13 de octubre lograron las hordas bárbaras penetrar en España, cuyas provincias ricas y florecientes habían estado hasta entonces casi completamente al abrigo de las invasiones; pero las tropas mercenarias germánicas de la guardia imperial de Honorio, llamados los honorianos, que á la sazón defendían los desfiladeros en lugar del somaten de los pastores montañeses, se aprovecharon del levantamiento del general romano Gerontio contra el emperador Constantino, rival de Honorio, para llamar á los bárbaros sus afines que estaban devastando la Aquitania, y les franquearon el paso con el objeto, según dicen los autores de la época, de eludir el castigo que, según las leyes romanas, les aguardaba por sus merodeos y saqueos.

Mal lo pasaron las provincias inundadas de bárbaros, porque nadie había á la sazón en España que pudiera representar al imperio romano con fuerza y autoridad suficientes, ni para hacer la paz ni para sostener la guerra ni menos para designar á las hordas bárbaras territorios donde establecerse, único remedio que hasta entonces había empleado con éxito el imperio para contentarlas y apaciguarlas. Así pasaron dos largos años; los invasores iban devastando el país, sitiando ciudades y fuertes, y mientras saqueaban y destruían, aumentaba la anarquía entre las tropas que á su vez tiranizaban á los desgraciados habitantes. La consecuencia fué primero el abandono de las tierras de cultivo, luego el hambre y tras ella las epidemias, hasta que las cuatro razas ó pueblos en que se dividían los invasores, alanos, vándalos asdingos y silingos y suevos (marcomanos) convinieron en repartirse las provincias que ocupaban y establecerse definitivamente en ellas. Empezaban á comprender que era interés suyo protegerlas y fomentar su prosperidad; solo entonces fué restableciéndose la tranquilidad.

Se dice que se repartieron las provincias tirando á la suerte, probablemente para evitar reclamaciones y disputas si luego una parte resultara más favorecida que la otra; pero jamás ocurrió á ningún pueblo germánico, como ya tuvimos ocasión de explicar, repartir de esta manera las herencias particulares.

La parte Nordeste de la península, la provincia tarraconesa de los romanos, continuó en poder de estos. Los suevos, á las órdenes de su rey Ermerico y los vándalos asdingos á las de Gunderico, recibieron la Galicia ó el Noroeste; los alanos, con su rey Atax, el Sudoeste, la Lusitania y Carteya (1); y los vándalos silingos, cuyo rey era probablemente Fridibaldo, el país al Sudeste de los alanos, llamado la Bética á causa del río Betis (Guadalquivir) que lo baña.

Durante algún tiempo tuvieron los alanos, por su mayor número, cierta preponderancia sobre los suevos y asdingos en el Norte. Gran número de castillos y pueblos amurallados abrieron sus puertas á los bárbaros, y el emperador se vió obligado, en su opinión temporalmente, á reconocer á los cuatro pueblos bárbaros la posesión de sus territorios, comprometiéndose ellos á defenderlos como vasallos del imperio contra otros bárbaros; es decir, poco más ó menos con iguales condiciones bajo las cuales había reconocido Roma á muchos otros. Guerras entre los mismos pueblos bárbaros no debían cambiar nada en sus relaciones y obligaciones con el imperio. Una prueba de que Roma consideraba el establecimiento y dominio de los invasores como cosa tem-

(1) Carteya en la provincia de Huelva, y no Cartagena, como dice el autor. (N. del T.)

poral, se encuentra en la disposición imperial de que para el tiempo de la prescripción (treinta años) en que caducaba el derecho de las demandas en justicia no se tuviere en cuenta el «período de los vándalos.» esto es, los años que aquellos bárbaros estuvieron en el país.

Es decir, que la Roma perdurable é inmortal, no reconocía en los bárbaros derecho de propiedad en sus territorios, y suponía como cosa evidente su pronta expulsión.

Entre tanto y á pesar de no haber un arreglo formal para el reparto de las propiedades entre los invasores extranjeros y los propietarios del país, fué estableciéndose un modo de vivir pacífico, y no faltaron quienes tomaron voluntariamente partido por los bárbaros para librarse de las pesadas contribuciones del fisco romano. También puede creerse á un autor español de aquella época, cuando dice que los germanos se dedicaron con mucho celo á la agricultura luego que tuvieron garantido suficiente territorio y su existencia en España, objeto de su emigración, y porque su organización social se basaba sobre una población de propietarios territoriales; pero á pesar de estas razones no debemos olvidar que el sacerdote lusitano Paulo Orosio (1) autor de la obra «Contra los paganos,» de la cual tomamos estos datos, los escribió desde su punto de vista particular y con la misma tendencia de su gran maestro San Agustín, queriendo probar en primer lugar que Dios rige el destino de los países ó del mundo según un plan preconcebido y del modo mejor posible, y en segundo lugar lo erróneo de las acusaciones de los gentiles que atribuían la devastación de las provincias del imperio por los bárbaros, acaecida despues de la abolición del culto de los dioses antiguos, á un castigo de estos por haber abandonado el pueblo sus altares. Claro es que Orosio representaría con esta tendencia las desgracias de su época mucho más llevaderas que las que agobiaron á la humanidad en siglos anteriores cuando florecían los cultos gentilicios. Con análogo motivo alabó también Salviano, sacerdote de Masalia, las virtudes de los visigodos.

No duró mucho la amistad entre Roma y los cuatro pueblos bárbaros. Aquella, fiel á su antigua política de hacer destrozarse á los germanos entre sí, hizo, por medio del patrio Constancio en 416, un convenio de paz y de alianza con los visigodos que en 415 desde la Galia habían penetrado en la España oriental, y se obligaron á hacer la guerra á los cuatro pueblos que ocupaban la península en nombre y por cuenta de Roma. Los motivos de la presencia de los visigodos en España se verán cuando tratemos particularmente de ellos; aquí solo diremos que tuvieron relación con Placidia, hermana del emperador Honorio, y desde el otoño de 415 viuda del rey Ataulfo. El rey visigodo Walia se dirigió primero contra los vándalos silingos en la Bética, se apoderó por astucia de su rey Fridibaldo y le mandó prisionero, según estaba convenido, al emperador en 416. El pueblo vándalo sufrió una derrota tras otra en el transcurso de algunos años y quedó tan débil, que creyó inútil elegirse un nuevo rey; fenómeno que vemos repetido en la historia de los pueblos salvajes, que cuando van pujantes les gusta tener un rey en lugar de duques y condes ó sea en lugar de jefes de guerra y de canton; y por el contrario, cuando su fortuna mengua y su número se reduce, renuncian al lujo de tener una corte real. El pueblo silingo agregóse á la rama asdinga sometiéndose á su rey; ejemplo que no tardaron en seguir también los alanos, despues de haber perdido en una gran batalla que libraron contra los godos en el año 412 con desgraciado éxito, á su rey Atax y una considerable parte de sus

(1) Paulo Orosio no era lusitano, sino natural de Tarragona y su historia lleva por título: *Historiarum adversus paganos libri septem.* (N. del T.)

hombres. Desde entonces llevaron los reyes asdingos hasta la desaparición de su pueblo en Africa el título de «rey de los vándalos (asdingos y silingos) y de los alanos.»

Esta reunión de fuerzas en una mano, y por otro lado la traslación de sus enemigos superiores en fuerzas, los godos, á la Galia á fines de 418, explica el súbito aumento de poderío de los vándalos, que atacaron á los suevos, y los tuvieron acorralados todo un año en los montes entre Oviedo y Leon. Atacados seriamente en 419 por Asterio, gobernador (ó conde) de las comarcas que habían quedado fieles á Roma, abandonaron sus posiciones ya muy amenazadas en el Norte de Galicia, volviéndose otra vez al Sur, á la Bética, ó país de los silingos, suficiente ya para dar cabida al menguado resto de los vándalos reunidos en un solo pueblo. Esto sucedió en el año 420. Atacóles allí en 422 Castino, general en jefe de las tropas romanas, auxiliado por otras visigodas, pero quedó completamente derrotado, perdiendo casi 20,000 hombres y hubo de retirarse huyendo otra vez á Tarragona. Atribúyese este descalabro en parte á la ausencia del distinguido general Bonifacio, á quien Castino por celos había sabido apartar de la empresa, y á los godos que dejaron á Castino en la estacada. A los vándalos dió esta victoria la preponderancia en la península; y tres años despues conquistó el rey Gunterico las dos ciudades más importantes, Sevilla (Hispalis) y Cartagena, en las cuales hasta entonces habíanse sostenido las guarniciones romanas.

Este rey Gunterico á pesar de ser todavía de menor edad cuando su padre Godigiselo en 406 murió en la gran batalla contra los francos al otro lado del Rin, fué reconocido por rey de los vándalos; siendo probable que su hermano ilegítimo Genserico, varón esforzado y de gran talento, manejara por él el cetro y la espada hasta su mayor edad, como continuó luego bajo sus órdenes tomando con grandísimo interés parte en todas las empresas guerreras y pacíficas. Una prueba del poderío y del talento de ambos hermanos encontramos en que, apenas habían llegado hasta el mar despues de dominar la cuenca del Guadalquivir, crearon inmediatamente una escuadra que no tardaron en emplear en sus empresas guerreras. Quizás Genserico, el futuro temido rey del mar, terror de las islas y de los navegantes, fué quien acostumbró á su pueblo de jinetes á meterse en buques y recorrer mares, pues tan á prisa se hicieron los vándalos pueblo marítimo, que el mismo año de la conquista de Sevilla vió ya bajar por el Guadalquivir buques piratas vándalos que asolaron hasta las distantes islas Baleares, lo mismo que su futura patria Africa y en particular las costas mauritanas. La rapidez con que comprendieron los reyes asdingos la importancia del poder marítimo, y se aplicaron á realizar su idea, tuvo una influencia radical en los destinos del pueblo vándalo. En cambio puede atribuirse, sin temor de equivocarse, el poco éxito de los longobardos, pueblo tan guerrero, en su empresa de conquistar á Roma y toda la Italia, á pesar de los mayores esfuerzos, al inexplicable descuido con que miraron los recursos marítimos que ofrece aquel país. Solo apoyadas en buenas armadas pueden sostenerse independientes España, Italia y el Africa septentrional.

Es fácil que el mismo Genserico mandara desde un principio aquellas expediciones piráticas, y conociera así personalmente la riqueza de la Mauritania, considerada entonces junto con el Egipto y la isla de Sicilia, como el granero del mundo antiguo. Acaso ya entonces llegara á conocerla y apreciarla en lo que valía el gobernador romano de Africa, Bonifacio, que invitó dos años despues por emisarios secretos á los dos hermanos asdingos, al rey y al guerrero, á cambiar la España por el Africa y partir entre los tres esta provincia romana formando tres reinos iguales é independientes, uno